

Paul W. Gates circunscribe su enfoque al «Midwest» y afirma que su condición de «frontera» no fue tan simple y uniforme como se ha sostenido durante mucho tiempo. Investiga la condición social de sus habitantes y dice que sólo a una parte de todo el complejo social allí desarrollado pueden imputarse los gérmenes democráticos que Turner viera en todo él.

Walter A. Agard contradice a Turner en cuanto éste afirma que la frontera despojó al emigrante de su cultura europea, convirtiéndolo en un hombre materialista y práctico. Pasa revista a la arquitectura, la educación, las iglesias, las bibliotecas y la prensa del «Midwest» para descubrir en ellos vivas las tradiciones de la Europa Occidental.

Frederick G. Cassidy se refiere al constante y poderoso efecto de la frontera sobre la evolución del lenguaje en los Estados Unidos; Henry Nash Smith estudia la influencia de la frontera sobre temas y estilos literarios, deteniéndose extensamente en Mark Twain, y A. Irving Hallowell pone de manifiesto el profundo impacto de los aborígenes sobre la vida económica y cultural de los americanos del Norte.

Después de esta revista a vuelo de pájaro podemos concluir que los ensayos contenidos en el libro que nos ocupa son de naturaleza muy diversa. Para uno de los autores — Boardman — «frontera» denota un concepto estático, de línea divisoria, único y distinto en todo el volumen; para otros — MacKendrick — es un término geográfico de significación más amplia; para varios — Reynolds, Zabala, Lovanoc-Rostovsky, Abernethy — es empuje, movimiento, expansión, aunque condicionada ésta a muy distintas circunstancias en cada caso; para otros — Burt y Webb — es un proceso social. Para casi todos los autores que se ocupan de la parte americana, «frontera» es sólo el punto de apoyo para consideraciones axiológicas, lingüísticas, literarias y culturológicas.

En cuanto a la tesis de Turner, más que afirmada o negada, podríamos decir que se ve enriquecida por la adopción de nuevos conceptos y puntos de vista.

En efecto, como lo señala el acertado título del libro de Wyman y Kroeber éste pone de relieve las diversas connotaciones espaciales, estáticas y dinámicas del término «frontera», es decir, nos sitúa en diversas «perspectivas», con lo que nuestra visión de los problemas planteados, se amplía, se diversifica y se llena de matices.

MARTHA S. ALBORNOZ.

RAMÓN SOLÍS, *El Cádiz de las Cortes. Prólogo de Gregorio Marañón*. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1958. 563 páginas.

He aquí un título — *El Cádiz de las Cortes* — de honda resonancia no sólo en los corazones españoles, sino también hispanoamericanos, ya que alude a Cádiz como escenario de las Cortes allí celebradas de 1810 a 1812, a las que dio su nombre, y que cuentan como hecho histórico de universal trascenden-

cia. En los comienzos del siglo XIX, pasa el mundo por una crisis que marca el nacimiento de una época. Algo acaba y algo empieza entonces. Cádiz es, en aquellos días en que España está invadida por las fuerzas napoleónicas, como un islote de hombres libres, donde éstos gestan un nuevo ideario político y dan, no sólo a España, al mundo todo, una palabra que es como una bandera de ideales en marcha: liberalismo.

Más concretamente, mientras el pueblo español, en estado de insurrección general, luchaba para rechazar al poderoso invasor, un grupo de hombres selectos, salidos de ese mismo pueblo, estudiaban allí el modo de restablecer la libertad en España, para que, junto con el logro de su independencia, se alcanzase la regeneración política y social del país. Los representantes de América en aquellas Cortes, marcan la unidad de un movimiento de renovación que, si no prosperó en España, tuvo como consecuencia la independencia de los pueblos americanos.

La importancia de las Cortes de Cádiz fue enorme, y han sido largamente estudiadas. Pero no se trata aquí de las Cortes, sino del Cádiz de las Cortes, y si hemos empezado refiriéndonos a éstas, ha sido para señalar la importancia del tema. Tiene el libro de Ramón de Solís un subtítulo que dice: « La vida en la ciudad — Cádiz — en los años de 1810 a 1813 ». Su enunciado basta para sujetar nuestra atención a sus páginas. Lo excepcional del caso tiene por sí mismo particular interés, pues resulta sorprendente la situación de aquella ciudad, sitiada por enemigo tan considerable como Napoleón, dueño en tales momentos de los destinos de Europa, que ha invadido España. Si, caso sorprendente el de aquel bello y gracioso cabo de la península, metido en el Atlántico, que mientras soporta el asedio de las fuerzas invasoras y las tiene a raya, reúne en su recinto a unas Cortes donde representantes de todas las provincias peninsulares y de Ultramar, como se designaba a los pueblos hispanoamericanos, con la vista puesta en el porvenir, estudian, discuten y sancionan una Constitución que entraña profunda renovación de la vida española.

¿Cómo era la ciudad? ¿Cómo vivía en tan excepcionales circunstancias? ¿Cuáles eran los problemas que en ella se debatían? ¿Cómo se defendía? Eso es lo que Ramón Solís nos dice en su libro, con gran copia de datos, consecuencia de una documentación abundantísima. Mas no se trata sólo del atopio de materiales, sino del arte con que los ha utilizado para levantar la arquitectura de su libro y cimentarlo sólidamente.

Logra darnos Ramón Solís una visión panorámica del Cádiz de las Cortes, a través de zonas perfectamente delimitadas y estudiadas a conciencia. Por dichas zonas entendemos los ocho capítulos de su libro, que llevan los siguientes títulos: *La Ciudad, La Población, El Comercio, La Vida de la Ciudad, La Prensa, La Epidemia, La Insurrección Americana* y *Sucesos*, contando con que algunas de las zonas están a su vez parceladas, como ocurre con la IV, que incluye los siguientes apartados: *Vida militar, Vida pública, Vida religiosa, Vida diaria y Vida cultural*.

Ningun aspecto de Cádiz, en los azarosos días de las Cortes, ha dejado de ser registrado por Ramón Solís en su libro, para darnos una idea urbanística, costumbrista y social de la ciudad. Cobra vida, verdadera vida ante nuestros ojos, la población sitiada cuyo recuerdo dejaron flotando en el aire de la historia, unas coplas con deajo burlesco :

Váyanse los franceses
en hora mala,
que Cádiz no se rinde
ni sus murallas.

Con las bombas que tiran
los fanfarrones,
se hacen las gaditanas
tirabuzones.

Recoge estas canciones Ramón Solís en el capítulo de su libro dedicado a los *Bombardeos*, y por el sabemos cómo nacieron y conocemos su exacto significado. Tiene este capítulo un interés especial, como curioso documento relativo a lo que eran los bombardeos, los incipientes bombardeos de una ciudad sitiada, a principios del siglo XIX. ¡Pensar que la vida en el Cádiz de las Cortes, sitiado y bombardeado por la potencia militar mayor de su tiempo, tenía su encanto, hasta ser añorada por sus habitantes una vez levantado el sitio !

Elogia Gregorio Marañón, en el prólogo puesto a esta obra, no sólo lo bien trabados que en ella aparecen todos los aspectos de la vida gaditana, sino el limpio castellano en que está escrita, a lo que agrega : « Recuerda no pocas veces la prosa narrativa de Solís a la de Galdós, a pesar de que nuestro autor parece poco entusiasta del gran novelista ». Justo elogio por la destreza literaria con que están tratados todos los temas, en un estilo lindante con el del historiador y el novelista. Además, hay algo en el prólogo de Marañón que conviene destacar, y es la valoración que hace de Cádiz como ciudad española, y su importancia histórica. He aquí algunos de sus magistrales conceptos : « Cádiz — dice —, en la época de las Cortes, no fue sólo una urbe encantadora como lo ha sido siempre, antes y después, sino una de las ciudades creadoras de la España moderna. Lo han sido cuatro : Madrid, donde se forjó en el XIX el gran momento del espíritu nacional — literatura, música, pedagogía, historia, filosofía, ciencias naturales — que sobrevivirá para siempre a las pasiones políticas. Barcelona, en la que cristalizó el impulso industrial, a la vez que una grande y necesaria cultura regional. Bilbao, como representación del vitalismo vasco, que ha llevado su esfuerzo, su severidad moral y su capacidad para engendrar riqueza hasta los límites del Universo. Y a su lado, Cádiz, en cuyo hervor del principio de siglo germinó la nacionalidad española moderna y la vida social y política, llena de un universal afán, con su prensa, su sagrado derecho a opinar, a criticar y a discutir y a aspirar al

reparto menos injusto de las alegrías de la vida terrenal, y entre ellas, la mayor, el posible acceso de todos los hombres al saber ».

Pórtico adecuado al libro es este prólogo de Marañón, por el cual es grato penetrar en la ciudad de Cádiz, el Cádiz de las Cortes, del que Ramón Solís nos ofrece en sus páginas un panorama tan completo y una tan cabal interpretación.

VALENTÍN DE PEDRO.

JUAN PASQUAU. *Biografía de Úbeda*. Gráficos Bellón. Úbeda 1958.

Pasquau, en su obra respeta el orden cronológico de los acontecimientos y pone a disposición del lector una suma de datos serios y responsables que permiten utilizarla. Y cuando una producción dispone de tales elementos historiográficos es lícito otorgarla el título de historia. Como su contenido queda restringido a una ciudad provinciana, nos tienta la idea de llamarla historia regional o urbana. Sin embargo, el autor ha preferido, con razón, titularla « biografía » por cuanto carece de ciertos atributos que identifican a los trabajos de plena consagración histórica. En su afán por llevarnos de la mano a través de las realidades espirituales y materiales de la ciudad andaluza, nos va contagiando de todo aquello que para el ultraubetense tiene trivial trascendencia — valga el contrasentido —. « Biografía de Úbeda » respira terruño. Pero en ella se enlaza lo histórico nacional con lo histórico regional que no queda ahogado en el entusiasmo y en el calor puestos al servicio de un bien entendido localismo. Con todo, existen muchos pasajes en los que se revela la presencia de Úbeda en esa plétora de sucesos diversos y vibrantes que es la historia madre española.

En esa misión llevada a cabo con suficiencia y erudición, nuestro autor, ya se detiene para ofrecernos una muestra de las bellezas arquitectónicas que exornan la ciudad de « los cerros », ya nos describe plásticamente una época, un suceso, una actitud colectiva frente al peligro común (las escaramuzas fronterizas, las luchas de partido, los hechos heroicos en tiempos de Pedro el Cruel, las reacciones populares ante los abusos de la nobleza ...); y también nos habla del blasón concedido ; cuándo no! por Enrique « el de las mercedes » o de la intervención de los caballeros conterráneos en Granada. Y todo lo dice Pasquau con lenguaje fervoroso, anunciando, en sucesivas apostillas la tonalidad de cada tramo de esta verdadera biografía de la plaza reconquistada definitivamente para la cristiandad por Fernando el Santo ; de la ciudad que el místico Juan de la Cruz escogiera para su glorioso tránsito.

EDUARDO J. COSTA.